

SANTA ROSALÍA DE PALERMO, VIRGEN.

ENTRE los muchos portentos con que la gracia de Dios ha manifestado á los hombres cuánta es la actividad y fuerza que les comunica para renunciar las delicias del mundo, y seguir aquella estrecha senda que conduce á la vida eterna, no es el menor la vida de Sta. Rosalía: sus hechos, al paso que hacen admirar una sublime virtud, confunden á los apasionados de este mundo. Es imposible leer la valerosa determinacion de esta santa virgen y las asperezas de su vida eremítica, sin que se apodere del corazon una admiracion santa de sus rigores, y al mismo tiempo un encendido deseo de imitarla en lo posible. Aunque la Santa procuró esconder á los ojos del mundo todas sus acciones, Dios ha querido favorecer la piadosa industria de los hombres sabios, que á costa de penosas diligencias han llegado á rastrear los pasos de esta santa virgen, cuya vida es como se sigue.

Nació Sta. Rosalía á principios del siglo XII en Palermo, ciudad de Sicilia, de nobilísimo linaje. Su padre se llamó Sinibaldo, descendiente de Carlo Magno por medio de varios reyes de Italia, que contaba por sus ascendientes. Y entre los parientes mas cercanos de la Santa se contaba Rogelio, primer rey de Sicilia, cuya hija Constancia se casó con el emperador Enrique VI. Lo real y generoso de su estirpe le proporcionó una crianza igual á las grandezas y delicias del real palacio. Hay quien dice, que siendo jóven, fué dama de la reina Margarita, hija de D. Garcia, rey de Navarra, y casada con Wilelmo, hijo de Rogelio. Vivía la santa doncella cercada de todos los resplandores del trono y de todas las pompas y delicias de la corte. Cuanto pueden dar de sí las riquezas para cautivar el corazon de una jóven, proporcionándola regalos, adornos y diversiones, otro tanto tenía Rosalía. Nada la faltaba para poder concebir en el mundo las mas altas esperanzas de un establecimiento ventajoso. La naturaleza la habia comunicado francamente todos sus encantos, y ya se mirase su nacimiento y conexiones, ya las cualidades de su persona, todo la ofrecia las esperanzas mas lisonjeras. Pero prevenida Rosalía muy de antemano por las sabias ilustraciones de la gracia, conocia muy bien lo despreciables que eran todos los bienes de este mundo, y que no debian servir á un corazon generoso sino para despreciarlos por Jesucristo. La turbacion de la corte, las delicias de los poderosos, las pretensiones de la ambicion, y todo el conjunto de delicias que se presentan en el



STA. ROSALIA, VIRGEN.

gran mundo á aquellos ojos que no han tenido todavía la desgracia de ser ofuscados con sus negras sombras, horrorizaban el inocente corazon de la santa doncella. Pensó, pues, en huir de la confusa Babilonia de la corte, y buscar en un desierto un lugar y asilo para la inocencia de su alma. Este pensamiento, sin embargo de ser arriesgado, halló en su corazon todo el apoyo necesario que podia darle la prudencia; porque habiéndole consultado repetidas veces con Dios en la oracion, halló que era mas una inspiracion del espíritu divino que queria llevarla por un camino maravilloso, que pensamiento propio.

Pensaba la Santa, resuelta ya á poner en ejecucion su proyecto, qué lugar seria el mas á propósito para la perfeccion de su obra, pues no ignoraba que debia ser muy escondido á los ojos de los hombres, para producir en ella tal seguridad, que dispase la mas ligera nota de temeraria. Dios, que fué el autor de su primer pensamiento, lo fué tambien de la eleccion del sitio, pues segun se cree, no sin probables fundamentos, llegó su dignacion á enviar á la Santa dos ángeles que la condujesen al sitio que su divina providencia la tenia destinado. Trece leguas distante de Palermo habia un monte tan fragoso y tan espeso, que estaba impenetrable aun á las fieras mas silvestres. Llamase este monte el monte de Quisquinia, que unos quieren que perteneciese á los estados del padre de la Santa, pretendiendo otros que la reina Constancia se le dió graciosamente á Rosalia, para que pudiese en él realizar sus santos deseos. En lo mas horroroso de la montaña habia una gruta de tan difícil entrada, que apenas cabia por ella un cuerpo humano. La naturaleza parece que habia querido formar con la descompostura de las peñas, la estrechez y las tinieblas una mansion de horror tan espantosa, que ni aun las mismas fieras se habian atrevido á hacer en ella su morada. Luego que Rosalia llegó á la puerta de la caverna, que era una boca estrechisima, se introdujo en ella, no sin grande dificultad, y habiendo penetrado sus oscuros y tortuosos senos, se convenció de que el sitio era el mas oportuno para la ejecucion de sus intenciones. Saludóla como el amado tálamo que la habia prevenido su Esposo celestial para vivir allí con él en union santa é indisoluble, gozando de las delicias del espíritu, y apartada enteramente de la vista de los mortales. En esta horrorosa mansion vivia Rosalia, ejercitándose continuamente en fervorosa contemplacion, que era el único alimento con que se recreaba su espíritu. No tenia mas lecho que el que le daba una dura piedra, situada en lo mas interior de la caverna, la cual estaba exenta de la penosa incomodidad de la

lluvia, que por todo el resto de la gruta destilaban las piedras. Su alimento no podía ser otro que yerbas y raíces silvestres, pues no se sabe que persona humana hubiese jamás penetrado aquel escondido lugar. Pero aquel Dios, que viste á los lirios del campo de un modo superior al que disfrutaba Salomon en su mayor gloria, y que previene abundante alimento á las mas despreciables avecillas, no dejaría perecer de hambre á una virgen, que por su amor habia emprendido una vida tan austera. De lo que dan á entender las pinturas antiquísimas de esta gloriosa Santa, se deduce, que Dios la regalaba como á una amada esposa suya. Enviábala frecuentemente á sus mismos ángeles que la consolasen y regalasen, con cuyas visitas celestiales se confortaba su espíritu, y se confirmaba cada dia mas en el santo propósito con que habia comenzado. Nada habia en el mundo que llamase su atencion, y que pudiese intimidar el valor y fortaleza de la santa virgen. Contenta con un santo Crucifijo, y una corona para rezar, que habia llevado consigo, despreciaba los grandes estados del mundo, y la vanidad de sus delicias y grandezas aparentes. No podía sufrir el comun enemigo un tenor de vida tan austera y rigurosa, que seria insoportable aun para el mas rígido anacoreta de cuantos habitaron la Tebaida. Valióse de todos los medios que le dictó su infernal astucia para amedrentar á Rosalía, y hacerla abandonar su santo propósito. Unas veces movía contra ella las fieras que habitaban en aquellas fragosidades, y hacia que la persiguiesen en ademan de despedazarla con sus uñas y dientes para saciar su voracidad: otras veces se la aparecian los espíritus infernales en las figuras y actitudes mas espantosas para atemorizarla y hacerla desamparar aquel sitio; pero el espíritu de la Santa, que tenia mas firmeza que las entrañas de las mismas piedras que habitaba, se acogía á su gruta, tomaba en las manos á su Esposo crucificado, y en la contemplación de su pasión sangrienta y de sus soberanos misterios hallaba la tranquilidad y reposo, que el enemigo comun habia pretendido turbar en vano.

No se puede dudar que en este sitio se hallaria contenta Rosalía como tan proporcionado para la vida rigurosa y ejercicios de penitencia que practicaba; pero la que por inspiracion de Dios y ministerio de los ángeles habia elegido aquella caverna, determinó dejarla, segun se cree, por el mismo motivo. No han podido averiguar las humanas investigaciones la causa que pudo tener esta santa virgen para abandonar la horrorosa caverna de Quisquinia; pero lo cierto es, que la dejó. Sin embargo, por una inscripcion que dejó grabada en una dura piedra que esta-

ba á la entrada de la gruta, se conoce el amor con que la santa jóven miró aquella soledad, y mucho mas la superior causa que á ello la habia movido. La inscripcion que se halló, cubierta de una costra dura que habian formado las aguas con el decurso del tiempo, decia así: *Yo Rosalia, hija de Sinibaldo, señor de Quisquinia y Rosas, determiné habitar en esta gruta por amor de mi Señor Jesucristo.* Resuelta la santa virgen á dejar su primera morada, salió de ella para volverse á Palermo, no á la casa de sus padres, ni á disfrutar las comodidades y regalos del palacio, sino á otro monte mucho mas áspero y fragoso que el primero, llamado Peregrino. Dos millas distante de la referida ciudad por la parte del Norte se levanta una montaña, cuyas raices baña el mar Tirreno por la parte de Norte y de Oriente. Hacia el Mediodia y Occidente la rodean collados amenos y frescos prados, que hacen deliciosa su vista; pero en internándose en su subida, es tal el enlace de quebrados peñascos y la espesura de árboles silvestres, que infunde miedo, y detiene los pasos al mas animoso. Luego que se sube un estrecho como de dos mil pasos antes de llegar á la cima del monte, se encuentra una caverna espantosa de cien palmos de longitud. Fórmanla una multitud de rocas trabadas unas con otras, las cuales forman un techo sumamente desigual por las puntas de las piedras que sobresalen, y medroso por las roturas y cóncavos que ofrecen á la vista. La entrada en tiempo de Sta. Rosalía era tan angosta, que por espacio de diez palmos era necesario introducir primeramente un brazo y la cabeza, y forcejear arrastrando para verificar con sumo trabajo la introduccion del resto del cuerpo. Era esta caverna tan horrorosa por su configuracion, por sus tinieblas, por el agua y lodo de que estaba llena, por la fragosidad que la rodeaba, y últimamente por la estrechez y angostura de la entrada, que era mas á propósito para sepultarse en vida, que para habitar en ella. Las fieras mismas la habian siempre desdeñado como á una mansion que serviria mas bien á quitarlas la vida, que á dar asilo á su ferocidad. Guiada Rosalía del espíritu divino, y segun se persuaden algunos piadosos, de algun ángel del cielo, llegó á este sitio horroroso, é introduciéndose por su estrechísima y prolongada boca, penetró á una anchurosa concavidad subterránea. Era esta, como queda dicho, espantosa por sus tinieblas, é incómoda por las muchas aguas que las piedras destilaban; pero habiendo encontrado en un retirado seno un cóncavo enjuto, de la estension y medida de un cuerpo humano, quedó muy contenta habiendo hallado cuanto podian anhelar sus deseos. Allí determinó pasar el resto de su

vida, en compañía del santo Crucifijo que habia traído consigo, empleada en la contemplacion de su amado Esposo. Es de creer que el tenor de su vida seria el mismo que en la primera gruta; y aunque no se sabe de cierto la distribucion de horas y los ejercicios determinados en que empleaba su vida angelical, todas las suposiciones que quiera hacer la piedad, serán bien inferiores á las operaciones reales de la Santa, y quedarán bien justificadas con su admirable fervor. Una doncella de sangre real, criada entre las opulencias de la corte, que habia tenido valor para despreciarlo todo por Jesucristo, y determinarse á vivir en el tenebroso encierro de aquella horrorosa caverna, no hay duda que tendria fortaleza para ejercitar en su cuerpo todos los rigores de penitencia que inventaron los anacoretas mas fervorosos. Aunque se diga que eran continuas sus vigiliás, estremados sus ayunos, ásperas sus mortificaciones y altísima su contemplacion, nada va á aventurarse, porque el sitio en que podia tomar algun descanso era de viva piedra, tan estrecho, que se ajustaba al cuerpo como si fuera una camisa; y de consiguiente, mas propio para estar en continua vigilia, que para reconciliar el sueño mas ligero. La posibilidad de tener á mano otros alimentos que yerbas y raices era muy lejana, y esto mismo persuade su prodigiosa abstinencia. El habitar en lugar tenebroso, durmiendo sobre el duro suelo, y sufriendo todas las inclemencias de la naturaleza, es un rigor superior á los cilicios y á la disciplina. Ultimamente, la que por amor de Jesucristo vivia sumergida entre tantos horrores, es preciso que alimentase su alma con la consideracion continua de los trabajos y tormentos que el Hijo del Eterno Padre habia padecido por los hombres, y con la dulce esperanza de llegar á gozar algun dia de aquella inmensidad de delicias que con su muerte les habia merecido.

En este estado vivia esta santa anacoreta á manera de una paloma que habia hecho su nido en las quebraduras de las piedras, trasportada toda en las gracias y celestiales consolaciones de su Esposo. El comun enemigo, envidioso de tanto fervor y del honor que de él resultaba al Criador, la molestaba con sugerencias continuas, en que se la representaban las delicias y comodidades que pudiera disfrutar viviendo entre los hombres. No omitiria el tentador astuto proponer á su imaginacion los deleites del matrimonio, los encantos del mundo y la autoridad, el consuelo de los hijos y la gloria que podria conseguir sobre otras matronas, por las prendas de que la habia dotado la naturaleza, y las riquezas que con pródiga mano derramó en sus progenitores la fortuna. Pero la Santa vencia gloriosamente todos estos ardides y

peligrosas sugerencias, unas veces por medio de la oracion, y otras por los rigores y asperezas con que alligia su inocente cuerpo. Es de creer que el cielo celebraria sus victorias, y que los espíritus angélicos la cantarían himnos triunfales que la llenasen de consolacion y la animasen á nuevas batallas. Si es licito conjeturar de las imágenes antiguas que han quedado de esta Santa, se deduce que unas veces gozaba de la presencia de los espíritus celestiales, y que otras la misma Madre de Dios bajaba con su Hijo en los brazos á hacerla dulcísima compañía. Las mismas pinturas representan que la santa anacoreta se entretenia en recoger flores de los prados cercanos á su gruta, y tejiendo de ellas graciosas guirnaldas, coronaba con ellas á su esposo Jesucristo; y en recompensa representan á la misma Santa coronada de flores por mano de su Esposo. Es verdad que estas pinturas pueden ser alegóricas, y representarse en ellas las sublimes virtudes de Sta. Rosalia, y las copiosas gracias que en premio de ellas recibia continuamente de la divina misericordia. Como quiera que sea, siempre ofrecen unas deliciosas imágenes en que puede deleitarse la piedad cristiana, y muchos motivos para encenderse en el deseo de imitar el fervor de su penitente vida.

Una vida tan santa y llena de admirables ejemplos no podia menos de terminarse con una santa y apacible muerte. Ignóranse las puntuales circunstancias de esta; y los que la han pretendido inferir del modo con que se halló colocado su cuerpo al tiempo de su invencion, dicen, que no murió de enfermedad, sino de amor á su esposo Jesucristo. Que presintiendo la Santa que se acercaba el fin de ir á gozar de las eternas delicias, acomodó su cuerpo virginal con la mayor honestidad y decencia en el estrecho cóncavo donde acostumbraba reposar; y tomando en la mano izquierda el santo Crucifijo, y apoyando en la derecha la cabeza, absorta y trasportada en dulcísima contemplacion, entregó su dichosa alma en las manos de su Criador. Pero es mas verisímil que tuviese la Santa algun comercio y trato espiritual con algun virtuoso sacerdote que consolase su espíritu, y la administrase los santos sacramentos de la Penitencia, Eucaristia y Estrema-Uncion. Ignórase el año y el dia de su muerte, aunque de tiempo inmemorial se ha celebrado á 4 de setiembre. Se cree que fué sepultada por ministerio de los ángeles, cuya piadosa opinion es consiguiente á la de haber muerto sin ser vista de persona humana. Estuvo oculto su santo cadáver por espacio de cerca de cuatrocientos y sesenta años, reservado por la divina Providencia para servir de muro á las desgracias y miserias de su patria en el tiempo en que mas necesitaba ésta de su proteccion. Una tradicion anti-

gua enseñaba á los palermitanos que en aquellos montes vecinos se ocultaba tan precioso tesoro. Esta tradicion habia escitado la piadosa curiosidad á buscar el santo cadáver; pero todas sus diligencias fueron sin fruto. Quiso Dios finalmente que en el año de 1624 tuviese la ciudad de Palermo este celestial consuelo, cuando mayor era su necesidad por las miserias que entonces la afligian. Una nave cargada de cautivos redimidos en Africa y de algunas mercaderias, trajo á Palermo una peste tan contagiosa, que en poco tiempo iba asolando la ciudad. Tomáronse todas las precauciones y medidas que en tales circunstancias dicta la prudencia. Separáronse los apestados en hospitales y en casas establecidas fuera de la poblacion. Compráronse por el gobierno todos los efectos que habia traído la nave, imponiendo pena capital al que reserváre alguno, y juntos todos los que se pudieron haber se quemaron en el campo. El piadoso arzobispo Juan Doria no dejó medio que le sugiriese la piedad, que no pusiese en práctica. Repartió abundantes limosnas, estableció ayunos públicos, y ordenó que en todas las iglesias se espusiese el santísimo Sacramento. A esto se siguieron procesiones públicas de rogativa en que iban sacerdotes y seglares en hábito de penitencia. En una de estas procesiones sucedió que yendo cuatro cantores en diversos coros diciendo las letanias de los Santos, á un mismo tiempo, movidos de divino impulso, invocaron á Sta. Rosalía. Este hecho llenó de admiracion y de alborozo á todo el pueblo, que con lágrimas en los ojos repitió el nombre de la Santa implorando su intercesion. Los prodigios se sucedieron multiplicadamente; porque al siguiente dia se verificó la invencion de su sagrado cadáver, é inmediatamente comenzó á mitigarse la peste que tenia consternada á toda Sicilia. En lo sucesivo se la dedicaron iglesias magníficas, y aun las mismas grutas del monte Quisquina y Peregrino se vieron adornadas suntuosamente con altares de mármol y preciosas estatuas, que acreditan á un mismo tiempo la piedad de los palermitanos y su magnificencia. Pero en donde se verificó esta fué en el altar y preciosa arca que se colocó en el principal lugar de la iglesia metropolitana, en donde descansan sus preciosas reliquias, favoreciendo Dios continuamente á la ciudad de Palermo con tan continuadas maravillas, que si se quisieran referir los milagros aprobados con testigos, se necesitaria formar una historia muy prolija. Las repetidas esperiencias que de esto mismo ha habido en todo el mundo cristiano, ha sido causa de que no solamente en Sicilia, sino tambien en España se celebre su festividad con aquella solemnidad que merece la fama de sus virtudes.

SANTA ROSA DE VITERBO.

ADMIRABLE Dios en sus santos, quiso hacer ostentacion del poder de su gracia en Rosa, uno de los mas brillantes ornamentos de la orden tercera de S. Francisco, y una de las mas célebres santas de los últimos siglos de nuestra era. Nació esta primorosa criatura, segun el mas arreglado cálculo á las actas de su vida y muerte, por los años 1232, en Viterbo, ciudad de Italia, capital del patrimonio de S. Pedro. Dejóse ver en el mundo con tan bellas disposiciones para la virtud, que sin exageracion puede decirse que fué siempre virtuosa. Dedicáronse sus padres á darla una educacion cristiana; pero á poco tiempo conocieron que era otro el maestro que formaba interiormente le perfeccion de sus nobilísimas ideas. En efecto, su candor, su inocencia, su apacibilidad, su modestia, su distraccion total de los pueriles entretenimientos, sin que hubiese niña que menos lo pareciese, la anticipacion del uso de la razon á los regulares términos, su devocion sobre los años, su virtud sobre la naturaleza, su compasion asombrosa en edad poco sensible de las miserias ajenas, privándose hasta del preciso alimento por socorrer á los pobres, la hicieron el objeto de la admiracion de todos los vecinos y parientes, que observando estos pronósticos nada equivococ de su santidad futura, se preguntaban mutuamente, como en otro tiempo los de las montañas de Judea en el nacimiento del Bautista, ¿quién piensas será esta niña, pues la mano de Dios está con ella?

Mas se confirmaron en su concepto, cuando vieron los prodigios que hizo en su infancia á virtud de las particulares gracias con que desde luego quiso Dios recomendar su mérito. A los tres años resucitó á su abuela difunta; poco despues reintegró á su ser un cántaro hecho menudos pedazos, que llevaba una niña de su edad, para traer agua de una fuente; á una mujer que le negó el hurto de una gallina, hizo que le salieran las plumas al rostro; y porque su padre quiso inspeccionar en una ocasion el alimento que conducia á los pobres, se convirtió el pan en unas rosas hermosísimas.

Ya se deja discurrir los progresos que haria en la virtud un alma tan privilegiada, que parecia haber nacido con un ardiente amor á Jesucristo, y con una singular ternisima devocion á la Santísima Virgen, segun se hacia sensible en todas sus acciones, por las que demostraba sus cordiales afectos. Correspondida por el Hijo y por la Madre con muy particulares favores, encendie-

ron su fervor de suerte, que la hicieron correr, si no volar, por el camino de la perfeccion. A los siete años eligió un lugar en lo mas retirado de su casa, donde ambiciosa de consagrarse toda al Esposo eterno, nutrió y alimentó los mas admirables ejercicios de su devocion y piedad con el rigor de sus secretas, pero muy severas penitencias. Allí puesta en oracion horas enteras contemplaba las grandezas de Dios y sus misterios; por cuyo espiritual comercio aprendió las industrias de que se valia para mortificarse, ocultándolas á sus domésticos. Y juntando su inocencia angélica con los rigores en que pudieron ejercitarse los mas severos anacoretas, brillaba como hermosa rosa entre las espinas de sus asperezas. De aquí resultó aquel admirable desprecio que hizo de todos los bienes y vanidades del siglo, estimando, á imitacion del Apóstol, por basura las grandezas humanas con tal que lograrse á Jesucristo.

Cayó en su infancia en una enfermedad mortal á fuerza del rigor de sus penitencias; y cuando esperaban sus padres el funesto golpe de que espirase de momento en momento, desmintió el fallo de los médicos, recobrando la salud milagrosamente, habiéndola visitado María Santísima acompañada de los coros de vírgenes. Ordenóla su Majestad que era del agrado de su Hijo santísimo vistiese el hábito de tercera de S. Francisco, para que acreditase con sus obras el carácter de aquel órden seráfico; hizo Rosa inmediatamente, y desempeñó el encargo con las mas asombrosas penitencias. A poco tiempo se le apareció Jesucristo crucificado; y fué tan vehemente el dolor que concibió la Santa á vista de aquel lastimoso espectáculo, que se mantuvo inconsolable por algunos dias, procurando con mas actividad desde entonces imitar al Señor en las amarguras por el camino de la cruz. Quedósele tan impresa en el pecho aquella lastimosa imagen, que las continuas lágrimas que vertian sus ojos, acordándose de la pasion de su amado, eran indicios nada equívocos de que en su corazon ardia aquel divino amor que vino el Salvador á encender en el mundo; cuya violencia la hacia muchas veces salir de sí, y corriendo por las calles y plazas de la ciudad, desahogaba el volcan que abrasaba su pecho, cantando alabanzas divinas con sonoros conciertos.

Afligian en tiempo de Rosa muchos enemigos á la Iglesia, sostenidos del emperador Federico, llamado vulgarmente Barbarroja; y como Dios la tenia destinada para que fuese el azote de todos ellos, apenas llegó á los doce años, ilustrada con ciencia infusa, rebatió y confundió á los herejes con los mas fuertes y sutiles argumentos: no quedando duda á cuantos fueron testi-

gos de aquellos portentosos convencimientos, que hablaba por su boca el Espíritu Santo. Procuraron los sectarios darle muerte, valiéndose de no pocos artificios por temor del pueblo; pero despreciando Rosa, sostenida de la divina gracia, con un valor escesivo á sus años, y con una fortaleza superior á la fragilidad de su sexo, los terrores y las amenazas, continuaba públicamente sus siempre victoriosos combates, manifestando estar dispuesta á perder la vida por la defensa de la fe católica.

Avergonzados los herejes de verse vencidos y confundidos por una niña, valiéndose de la proteccion de un príncipe como Federico, adicto á proteger sus ideas, lograron del gobernador de Viterbo que la desterrase de la ciudad, á pretexto de que conmovia el pueblo. Suplicaron á aquel tirano los padres de Rosa suspendiese la ejecucion de su decreto, atendiendo al peligro á que se esponian, caminando en el rigor de aquella estacion, que lo era de la mas copiosa nieve y crudísimos hielos. Pero como el intento de aquel impio, acalorado por los herejes, no era otro que acabar con la inocente vírgen, desatendiendo los humildes ruegos, mandó que saliesen al momento so pena de la vida.

Salió Rosa con sus padres de la ciudad en cumplimiento de la injusta providencia, y caminando por las montañas de Viterbo, espuesta á perecer muchas veces, llegó á Salerno: allí profetizó á los católicos, que dentro de breve tiempo les favoreceria Dios con prósperos sucesos; cuyo vaticinio se cumplió á la letra con la muerte del emperador Federico. Por fallecimiento de este príncipe enemigo de la Iglesia, volvió la Santa á Viterbo, donde fué recibida con general aplauso de todos los ciudadanos, viendo venir á su centro la consoladora de los tristes, la socorredora de los pobres, la directora de las almas, la flor de la inocencia, la Rosa mas encendida en caridad, el vaso de eleccion del cielo, y el ejemplar mas completo de toda perfeccion. Consoló y confortó á los católicos, é hizo aquel prodigio estupendo de arrojarle con generosa intrepidez á una hoguera encendida para convertir á una mujer proterva, que de ella exigió algun extraordinario milagro para convencerse que la religion de Jesucristo era la verdadera, saliendo de entre las llamas sin la mas mínima lesion, ni aun en sus vestidos. Solicitó entrar en el monasterio de las Rosas del órden de Sta. Clara de Viterbo; pero no admitida á pretexto de estar completo el número de religiosas, les profetizó que si no en vida, la admitirian despues de muerta, como se verificó puntualmente. Frustrado su intento, continuó en el retiro de su casa con sus acostumbrados ejercicios, redoblando sus asombrosas penitencias, ayunos, cilicios, disciplinas y otras

mortificaciones, en términos, que á vista de semejantes rigores en una salud tan debilitada como la suya, todos se persuadieron que vivia de milagro; corriendo así en breve tiempo, lo que en muchos años los héroes mas adelantados en la carrera de la perfeccion. Pero deseando á cada instante y á cada momento, abrazada en divinos incendios, disolverse, para unirse con Cristo eternamente; oidas sus reiteradas súplicas, dirigidas á este efecto, la sacó Dios de la peregrinacion de este destierro, llevándola á la patria celestial, por la que suspiraba continuamente, en el dia 6 de marzo por los años de 1252, á los diez y ocho de su edad.

Dieron sepultura por entónces á su venerable cadáver los de Viterbo, inconsolables por su pérdida, en la iglesia de Sta. María del Podio; pero á pocos meses, hallándose en aquella capital el papa Alejandro IV, amonestado de la Santa por tres veces sobre que era voluntad de Dios que trasladase su cuerpo al monasterio de Sta. Clara, lo hizo su Santidad personalmente con triunfal magnificencia; cumpliéndose entonces el vaticinio de Rosa, cuando no la quisieron admitir en aquel convento. El afecto y devocion que concibió desde entónces este pontífice á la Santa, venerada por tal desde su fallecimiento, le hizo decir á las religiosas, que á no tener precision de pasar á Roma, la canonizaría en aquella ciudad con las formalidades correspondientes. No tuvieron este gozo los de Viterbo por la muerte de Alejandro, ni en el de otros pontífices que le sucedieron, gravemente ocupados con las urgencias que ocurrieron á la santa Sede. Renovaron sus súplicas á Bonifacio IV, que se sentó en la cátedra de san Pedro en el año 1431; y aunque favoreció este papa el exámen jurídico de los méritos y milagros de Rosa, no completó los deseos de Viterbo. Pero resumida la causa con nuevo ardor por los años 1455 y 56 en el pontificado de Calixto III, habiendo depuesto en el proceso informativo doscientos sesenta y cuatro testigos sobre la multitud de milagros que en vida y en muerte obró el Señor por la intercesion de su fidelísima sierva, no el menor entre ellos la incorruptibilidad de su cuerpo despues de tantos años, y su milagrosa conservacion del inopinado incendio que redujo á cenizas el lugar de su depósito y quanto se hallaba en él; en vista de tanto número de portentos, y del justificado heroismo de sus virtudes, la mandó escribir en el catálogo de los Santos el mismo papa Calixto III.

SANTA CÁNDIDA, VIUDA.

EN este dia hace conmemoracion el Martirologio romano de Sta. Cándida; de quien nos dicen los escritores, que cuando se conducia á Roma el apóstol S. Pedro, despues de haber fundado la Iglesia de Antioquia, se paró á descansar cerca de las murallas de Nápoles, fatigado de la peregrinacion, á cuyo tiempo salió de la ciudad Cándida. Preguntándola el Apóstol por el estado, por las costumbres y por la religion de aquel pueblo; y conociendo por la relacion de aquella mujer anciana que eran idólatras, comenzó á enseñarla las verdades infalibles de nuestra santa religion, manifestándole los milagros y prodigios de Jesucristo, de los que habia sido testigo. Tocada Cándida con los auxilios de la divina gracia, ofreció á S. Pedro que abrazaría la religion que predicaba, siempre que en el nombre de su Autor le curase los dolores de cabeza habituales que padecia. Hizolo el Santo inmediatamente, y agradecida del beneficio, creyó en Jesucristo, y fué bautizada por el príncipe de los apóstoles. Con la esperiencia de aquel prodigio rogó á S. Pedro que se dignase dispensar igual gracia á cierto amigo suyo, llamado Aspren, hombre benigno, piadoso, sobrio y modesto que se hallaba muchos años enfermo, prometiéndole que si sanaba, seria un fuerte defensor de la religion que predicaba. Ordenóla el Santo que fuese, y cogiendo la mano de Aspren, le dijese: Pedro, discipulo de Jesucristo crucificado, manda que desvanecido el accidente, quedes sano en el instante. Ejecutó Cándida el orden del Apóstol, y en el momento recuperó el enfermo la salud apetecida; creyó en Jesucristo, y recibió el bautismo de mano de san Pedro. Instruida Cándida por tal maestro, pasó el resto de sus dias en recomendables obras, y consumó su carrera en edad muy avanzada. Su cuerpo fué sepultado en el domicilio donde se cree probablemente celebró el príncipe de los apóstoles los divinos misterios, erigido despues en templo, en cuyo atrio se acostumbra todos los años, despues de las vísperas de la Santa, bendecir agua con sus reliquias, la cual sirve para curar muchos enfermos, especialmente los que padecen calenturas.

En la vida de S. Emerio, abad de Bañoles, en el principado de Cataluña, se hace mencion de otra Sta. Cándida, madre de este santo abad, llamada en vulgar catalan SANTA CANDIA.

SANTA IDA, VIUDA.

EL padre de esta Santa fué un conde muy favorito de Carlo Magno. Este dió á Ida por esposa á otro favorito suyo, llamado Egberto, y la dotó con muchos estados. Este matrimonio fué feliz; pero habiendo muerto Egberto muy jóven, la santa viuda distribuyó las rentas en el alivio de los pobres, y aunque en medio del mundo, escedia en prácticas penitenciales á los mas austeros de los claustros. El fin de su vida fué una penosa enfermedad, durante la cual nunca prorumpió en una sola queja. Habiendo pues resplandecido como una luz brillante en la naciente Iglesia Germánica, pasó al eterno descanso en olor de santidad á principios del siglo IX.

La misa es en honor de Sta. Rosalia, y la oracion la que sigue:

Oyenos, ó Dios, Salvador nuestro; para que así como nos alegramos en la festividad de tu virgen Sta. Rosalia de Palermo, del mismo modo seamos instruidos en el afecto de una piadosa devocion, y libres por su intercesion de los azotes de tu ira. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de los capitulos 10 y 11 de la segunda del apóstol S. Pablo á los Corintios, y la misma que el dia III, pág. 64.

REFLEXIONES.

No el que se recomienda á sí mismo merece ser aprobado, sino aquel á quien Dios recomienda. Ninguna cosa acredita mas el limitado entendimiento de un hombre, y su mucho mas limitado mérito, que el alabarse á sí mismo: vanidad tan grosera, que hace sumamente despreciable al que pretende darse á estimar por ella. La verdadera virtud, y el verdadero mérito aborrecen las alabanzas: no se apacienta de humo, ni de lisonjas forasteras; aliméntase, por decirlo así, de su propio jugo.

Es la vanidad una pasion muy necia: á todos se hace odiosa; pero nunca enfada mas que cuando se disfraza con máscara de piedad, y procura domesticarse con la devocion. El orgullo mas delicado y mas sutil sabe tal vez cubrirse con los andrajos de la humildad; remeda el aire y el tono de esta virtud, se vale y se sustenta de sus privilegios. Ningun vicio hace representar tan-

tos papeles: no hay virtud que deba fiarse de él, y apenas hay otro de quien menos se desconfie. A quien solo tiene la corteza de la virtud, ésta le parece insípida; el orgullo es la sal que la sazona.

Dedicase uno á la virtud con gusto mientras saca de ella algun provecho; por mas que se diga que solo se busca la gloria de Dios, nunca perdemos de vista la nuestra. Aquellas obras de caridad que nos dan mas estimacion, por penosas que sean, esas se nos hacen las mas fáciles; por lo menos esas solas son las que siempre se juzgan indispensables. Mientras la virtud es aplaudida, nada se hace dificultoso en su ejercicio; toda la dificultad está en aquellas virtudes que se practican á oscuras y en secreto. ¡Cosa estraña! aquellos mismos que escriben mejor contra la vanidad, no siempre son los que están mas reñidos con ella. No pocas veces el orgullo pelea contra el orgullo; comunícate este veneno aun á su mismo antídoto; tal vez en el mismo ejercicio de la humildad se esconde la mas fina presuncion.

Dicese que nada se hace ni se pretende hacer por ostentacion; pero al mismo tiempo no disgusta que se vea la buena obra que se hace. Quiérese ocultar (por lo menos así se dice) lo poco bueno que se hace; pero fácilmente se perdona á los que lo publican: la accion fatiga, pero lisonjea; especialmente cuando los muchos que nos buscan acreditan en esto mismo su confianza, y la estimacion que hacen de nosotros. Siéntese no sé qué secreta complacencia de parecer hombre necesario. ¿Será Dios el único objeto, el puro motivo de tantas fatigas? A la verdad parece que se le da la propiedad; pero se reserva el usufructo. Acompaña el orgullo hasta la victoria del orgullo mismo; de todo se mantiene, de todo se sustenta; hasta la misma humildad le sirve de alimento. Háblase de sí mismo con desprecio; pero bien entendido, que las mismas espresiones de abatimiento que se usan, deben reputarse por otro nuevo mérito: por eso no se mira con buenos ojos á los que creen nuestra humilde confesion sin mucha dificultad. La falsa modestia es refinamiento mas subido de la vanidad, la cual quiere crecer aun por medio de la misma virtud que es mas contraria á ella. En una palabra, desean los hombres ser tenidos por humildes, pero sin serlo. Aquellos que verdaderamente lo son, se afligen de que los tengan por tales: *Qui gloriatur, in Domino gloriatur.* El que se gloria, gloríese en el Señor.